



ROKO MATJASIC.— La cosecha del trigo.

FEBRERO

Por REINALDO LOMBOY

Agradaba, sobre todo, su plenitud. Plenitud del guindal sureño, crecido sin el castigo de la poda, pero también sin la generosidad refrescante del agua de riego; lleno, eso sí, de las drupas bermellón o retintas, ojalá picadas por los pájaros, porque entonces se mezclaba la suma dulzura al picor acre para el labio ávido. Plenitud, también de las manzanas. Los árboles de calcinados troncos blanquecinos, oponían al pie desnudo la pugnaz excrecencia de los líquenes blancos; la aguda punta de los ramos secos, a las carnes abiertas tras el desgarrón del traje. Arriba, más arriba aún, los frutos amargos, con ese mucre sabor que deja un regusto persistente, que es el sabor auténtico de Febrero sureño.

Y no hay mes como Febrero para el colegial en vacaciones. Es, más que nada, el mes de la plenitud; ahí el verano culmina en su ascensión ardorosa, y allí mismo inicia su descenso hacia los primeros frescos vientos del otoño. No tiene esa opresora, esa agobiante violencia solar de los Eneiros; pero, tiene, en cambio, el son de las chicharras que nacen para morir cantando; tiene a los saltamontes enardecidos, chasqueando no se sabe si sus élitros o si las pajas secas de los barbechos; tiene a los nidos de perdices y las carreras tras ellas, hasta darles alcance luego que el ave ha cumplido sus tres, nada más que tres, vuelos legendarios.

Entonces, y nada más que entonces, el río ofrece la superficie tentadora, para rehuir al sol, en la hora de la siesta. El agua ejerce su atracción mayor en esos instantes en que la gen-

te mayor, sin curiosidad, sin afán de exprimir cada segundo de la existencia, como un fruto jugoso, se entrega a la absurda inacción del sueño. ¡Y en torno está trepidando la vida! Está en el agua: en los muchachos que en ella se hunden de cabeza, persiguiendo a las curagüillas, mañosamente nadando entre aguas, para coger del pie a la chiquilla inadvertida que más abajo, pudorosamente, se baña con otras amigas, lanzando miradas a los varoncetes, chillando con risitas agudas, que tienen poder tremante, en este calor estival, sobre la sensibilidad de hombres en ciernes.

Aun es tiempo en Febrero de mirar hacia adelante, así como gozar contemplando el mes transcurrido. Hay todavía treinta días por delante, setecientos veinte horas... O las habría, si al colegial en vacaciones no le hubieran castigado, restándole días al más hermoso de los meses, libres de la sujeción al horario escolar. Te quedan muchos días, muchacho, para ir a esa pieza penumbrosa, l'ena de olores a pomás, a citrosos frutos, con tanto celo guardados en tinajas de angosto cuello. Y hay el placer de ignorar lo que la mano rescatará después de hundirse en el secreto de la vasija; o la ciruela seca o los orejones o las peras de agua, puestas a madurar por la madre, con la tácita

complicidad de la gente mayor. Nunca fruta alguna sabrá como aquéllas, gustadas con ansia y sobresalto.

También es verdad que el viento, en esta tierra próxima al mar, cobra en Febrero una viveza que no está saturada de tiritones de frío, como el de Marzo, ni acarrea ardientes brasas, como el de Enero. La planta del pie se posa sobre las arenas, hace esgrinces a las vegetaciones hirsutas de orilla de costa, hurta la pisada a las espinas, siente crujir la arena, ya húmeda, entre los dedos, huye, juguetona, a la espumosa ola, y se deja prender, entre gozo y miedo, el dedo gordo por las pinzas tenaces de las jaivas.

También el mar está en su plenitud. También la playa de Febrero esconde más chanchitos o pulgas de mar, como se quiera, más navajuelas y machas, más caracoles y gaviotas. ¿Por qué la infancia es la que más disfruta de la plenitud de los Febreros de la vida? Acaso el secreto de la juventud esté en saber apreciar a Febrero más que a los otros meses del año; en saber conservar esa curiosidad siempre presente, que se admira frente al tallo menudo y complicado de vasos y savias, y alquimias de una planta, tanto como del sonido ronco de los caracoles en el oído atento; que cada viaje lo inicia como si fuera el primero, y que tras la esquina de cada hora espera ver asomarse la aventura, la inesperada, la insoñada, la fabulosa aventura. Pero el hombre, después de alcanzar al Febrero de la plenitud, cae en el último resplandor de los Marzos otoñales y se hunde en el invierno. ¡Ah, si sólo supiera conservar siempre en el espíritu la plena vitalidad de este Febrero vigoroso!